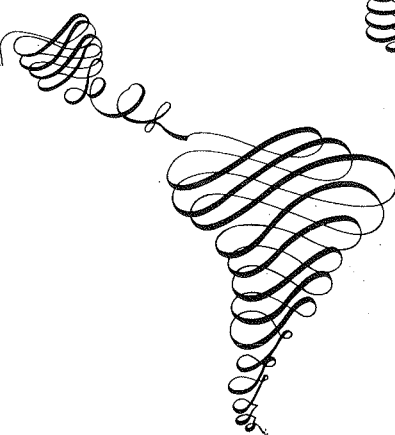
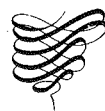




Análisis ético de la paz

José María García-Mauriño *

La ética no es lo mismo que la moral

LA ética no puede confundirse con la llamada «moral»; cuando la ética se confunde con el orden existente, se convierte en una máquina de construcción y de conservación del sistema social vigente: en la guerra del Golfo se ha podido ver cómo la moral de la guerra se identificaba con el destino del petróleo, y el derecho internacional con el reparto actual del poder. La cultura de la guerra que ha creado los centros de poder, ha logrado presentar este conflicto como una pieza necesaria de la misma naturaleza de las cosas, algo propio del paisaje humano. La ética tiene un paisaje de certezas, convicciones y principios que le resulta irrenunciable: un síndrome de valores, como diría Erich Fromm, como son la libertad, la justicia, la vida, la solidaridad, el respeto por los derechos humanos.

* Profesor de Filosofía y Ética. CEU. Madrid.

Al cumplirse el primer aniversario de la guerra del Golfo habría que hacerse unos serios interrogantes. ¿qué significa la paz para los que hacen la guerra? ¿Es acaso la paz el fin que persiguen cuando acaben la guerra? ¿Es lo mismo paz que sumisión a las condiciones de paz que imponen los vencedores? ¿Se pueden llamar vencedores los que ganan la guerra? San Agustín, en su obra «La ciudad de Dios» definía la paz como la «tranquilidad en el orden»; pero, nos preguntamos ¿de qué orden se trata? Ya se ha terminado la guerra del Golfo, ¿acaso ya se ha alcanzado la paz? ¿Ha llegado la humanidad a una suficiente estatura moral para crear un nuevo orden? ¿Ya hemos establecido un criterio ético de convivencia, de diálogo y de comunicación humanas entre los pueblos y sus culturas?

Pienso que las normas éticas de comportamiento humano no pueden venir solamente de los intelectuales, tienen que venir principalmente de las víctimas: todos los que han muerto en las guerras, asesinados en El Salvador, los marginados y excluidos del Tercer Mundo, los que mueren de hambre. La revolución ética tiene que venir de la desesperación del vivir: los que no pueden tener paz, porque les hemos quebrantado el orden impuesto por la misma naturaleza humana. No pueden tener paz los que no comen, los que son violentados constantemente en sus derechos humanos, los que no tienen casa, los norteafricanos que invadirán Europa para que les demos unas migajas de existencia humana. El que coman una vez al día en Brasil todos los indígenas sería la mayor revolución del continente. No nos podemos rendir ante estas catástrofes; nadie puede contar las veces que hemos resurgido de nuestras propias cenizas. Léi en alguna parte que un poeta alemán escribía versos, mientras los demás retiraban los escombros de la catedral de Múnster, y nadie le echó en cara que no retirara los escombros. Y es que siempre son necesarias las dos cosas. Retirar escombros y crear nuevas perspectivas de esperanza. Y la paz es hermana de la esperanza. Todos seguimos esperando que haya paz, que se vayan creando las condiciones que hagan posible una paz verdadera.

La conciencia ética de la paz

PARTIENDO de esta realidad reciente tenemos que reconocer que es un hecho que a partir de la guerra del

Golfo se ha levantado la conciencia de la paz en mucha gente. Una conciencia que existía ya antes, pero que estaba adormecida. Y aunque hubo un momento de cierta efervescencia, continúa todavía hoy con menos intensidad. Dentro de nosotros es posible que existan al mismo tiempo un deseo sincero de paz, una conciencia pacifista, pero que está enmarcada en profundas raíces belicistas.

En el siglo XVIII, ya Kant (1795) decía que *«El estado de paz entre los hombres que viven juntos no es un estado de guerra, es decir, un estado en el que, si bien las hostilidades no se han declarado, sí existe una constante amenaza. El estado de paz debe, por tanto, ser instaurado»* (La paz perpetua, Tecnos, Madrid, 1989, pág. 14). Quiere esto decir que la paz no es algo que nos viene dado, sino que tenemos que trabajar para alcanzarlo. La ética de la paz implica todo un cambio de mentalidad, para ser siempre constructores de la paz. Antes se decía. «si quieres la paz, prepara la guerra», hoy habría que decir «si quieres la paz, procura que tus enemigos no quieran la guerra», «si quieres la paz, dialoga, crea espacios de comunicación humana».

No todas las guerras son condenables

LA guerra es contraria a la paz. La guerra no atiende a razones sino a intereses. Sin embargo, no todos los intereses, no todas las guerras se pueden medir por el mismo rasero. El juicio ético tiene que saber distinguir y valorar las distintas clases de guerras: no todas las guerras son iguales, hay guerras y guerras.

La guerra siempre lleva consigo muertes, destrucción, brutal violencia física, armamentismo, avance tecnológico, etc., que sólo beneficia a unos pocos, pero las muertes y la destrucción las padece la mayoría. La guerra no es siempre lucha por vivir, sino deseos de apropiación indebida. No son lo mismo las *guerras de liberación* que las guerras de dominación, aunque a veces también entrañen violencias y muerte. No es lo mismo la lucha por la libertad que la lucha por el poder o la riqueza.

¿Puede haber guerras «justas»? Estimamos que el nivel de defensa legítima de una agresión colectiva puede denominarse justa: para darle a cada uno lo suyo, lo que le pertenece por el mero hecho de ser persona, por el mero hecho de constituir un pueblo, una cultura, a veces hay que

quitarle al otro todo lo que no es suyo, porque lo ha robado. No puede medirse con el mismo baremo la guerra del Golfo que una posible guerra de los judíos contra el agresor nazi, en los tiempos de Hitler. Tampoco podía llamarse injusta la guerra que mantiene El Salvador por librarse del totalitarismo militar de la ultraderecha, que lleva oprimiendo al pueblo durante tantos años. La expulsión del dictador Somoza de Nicaragua, y la consiguiente liberación del pueblo nicaragüense de esa opresión, de ninguna forma podría calificarse de injusta. Y la llamada guerra civil de España ¿era de verdad una lucha de buenos contra malos, de «nacionales contra rojos»? ¿Era ético levantarse contra el sentir popular? ¿Era una guerra de liberación? ¿Se puede hablar de esta guerra como de una «cruzada» en sentido confesional-católico?

El juicio ético equivale a poner como un valor superior la libertad de los pueblos. Existe una legítima defensa colectiva, que no siempre es posible de forma pacífica. Como por ejemplo, la resistencia armada ante una invasión territorial, la apropiación indebida de bienes materiales o culturales de un país, etc. Hay ocasiones en que para defender los derechos humanos fundamentales, la forma de ser de un pueblo, su lengua, su cultura, su talante, no se tiene otra alternativa que la guerra.

La severidad del juicio ético se debe a que una guerra, hoy, puede ser catastrófica para toda la humanidad; entonces, es preciso valorar la proporcionalidad de los medios respecto al fin que se pretende. El daño moral que va a sufrir el nuevo orden internacional, que va a nacer con tan violenta apertura, da bastante poca credibilidad a una posible organización de nuevas Naciones Unidas.

Casi todas las guerras abren un abismo de odio e incompreensión entre las dos culturas beligerantes, que de alguna forma están condenadas a entenderse, como la del Golfo: el Occidente y el Islam. La lucha por la paz exige partir de una cultura donde la autocrítica y el reconocimiento de la verdad (es decir, la realidad profunda de las gentes que forman esos pueblos y sus culturas) sean los pilares éticos fundamentales que den prioridad sobre intereses ideológicos, y sobre el cálculo de beneficios.

Lo que estamos viviendo es una gran contradicción: exigimos una paz para todos, pero intentamos realizarla desde una cultura del individualismo posesivo, la insolidaridad y el despilfarro. Unos pocos montan grandes negocios y cuantiosos beneficios con la industria armamentística, a costa de la guerra. Para la guerra siempre hay dinero, pero nunca hay un presupuesto suficiente para la paz.

El «nuevo orden internacional»

DESDE que se acabó la guerra del Golfo, EE.UU. está hablando de un «nuevo orden» internacional. Antes, el orden mundial estaba equilibrado con la coexistencia de dos poderes, las dos superpotencias: EE.UU. y la URSS. La caída económica y política de la Unión Soviética trae un nuevo orden: un solo señor, un solo imperio, un solo sistema; y la cabeza de ese imperio es EE.UU. El nuevo orden consiste en la subordinación del mundo entero a los intereses del primer mundo, por las alianzas con otros países acólitos, o por la fuerza de las armas. Este país es el que impone sus dictámenes en la ONU. Las Naciones Unidas no son democráticas: existen al menos, unas 5.000 sociedades distintas en el mundo, y solamente 172 forman parte de la ONU, las que tienen más poder político o económico; las restantes, tribus, grupos indígenas, sociedades autóctonas, no tienen ni voz ni voto. Entonces, para los países industrializados, la ONU se ha convertido en una monumental «pantalla legal» de los intereses oligárquicos que subyacen a este llamado «nuevo orden». La llamada «legalidad» internacional volverá a ser la pantalla jurídica de la fuerza bruta de las armas.

La paz o se monta sobre los valores éticos de la democracia auténtica, solidaridad, o la hacemos imposible. La paz es antagónica del totalitarismo. La paz es antagónica del armamentismo. No se puede armar a un país y luego desarmarlo violentamente. Es un cinismo institucionalizado por el que Occidente mediante una guerra ha querido desarmar violentamente a Irak que, por otra parte, ha sido el gran comprador-benefactor de las industrias armamentísticas europeas. Esto ha vuelto a ocurrir con Yugoslavia: después de este destrozo de la unidad yugoslava en sus repúblicas, ahora imponen el embargo de armas a todo el territorio. Han tenido en La Haya una conferencia de paz, pero siguen produciendo y vendiendo armas a las repúblicas contendientes. ¿Se puede intentar así una auténtica paz?

La paz, una necesidad universal

ANTE este panorama mundial, se ha oído un grito universal clamando por la paz. La paz es un derecho a la

vida universal. Pero no en abstracto, sino en la realidad: todos tenemos el derecho y la necesidad de vivir; y la vida real encarnada en las más profundas raíces culturales. Se requiere un análisis serio, lejos de ideologías políticas o pragmatismos coyunturales, una ruptura seria de ese abismo que cada vez se abre más entre el Norte y el Sur. Para poder vivir, necesitamos un mínimo de paz.

Según Kant, hay que instaurar la paz, porque por naturaleza el hombre no es pacífico. Es decir, hay que cultivar la paz. Siembra y cosecha de los valores de la paz. Una actitud, una creencia y un sistema que ayude a instaurarla. Se trata, ante todo, de realizar un cambio de mentalidad en la mayoría de los ciudadanos al que han de contribuir la educación, la religión y hasta la misma política. El cultivo de la paz es el cultivo constante de valores éticos fundamentales: la vida, la justicia y la libertad.

Al examinar nuestro mundo, vemos que el Occidente no es un modelo de paz. Con demasiada facilidad hablamos de fanatismo religioso del Islam. Pero olvidamos nuestro propio fanatismo: en nuestra historia hay mucho integrismo ilustrado que ha hecho del egoísmo racional, del cálculo del beneficio desmedido y del consumismo, la ley sacrosanta de nuestra cultura. La historia de Europa ha sido la historia de una agresión permanente. También es verdad que ha sido una historia civilizadora, expansiva del derecho, de la técnica y de la democracia, pero no en menor medida de la intransigencia de sus intereses y la arrogancia monoteísta de su cultura.

En nuestra cultura siempre ha habido una tendencia a la hipocresía de la razón instrumental, calculadora, atenta sólo a la eficacia de los métodos de acción y a la rentabilidad de los resultados, aun a costa de la propia razón ética. Cada vez se ha desatendido más a la justificación racional de los fines, para primar la autonomía de los medios. Y tenemos ante nosotros un dilema: o la técnica se pone a trabajar al servicio de la racionalidad ética, o acabará por tragarse a ésta en el culto del éxito y de la eficacia.

La paz exige una cultura del diálogo

CON respecto a las culturas no europeas, nos creemos fácilmente que Europa no tiene nada que aprender; su

monoteísmo cultural ha sido duro, exclusivo y excluyente, y sigue siendo duro, prepotente e impositivo; y así, ha generado en la historia europea un integrismo ilustrado no menos dogmático e intransigente que cualquier otro integrismo.

La paz tiene que comenzar por el reconocimiento sincero del pluralismo cultural, por la convicción de que cada cultura tiene una voz específica, un punto de vista insustituible y único, una visión del mundo y una estimativa que exige no sólo nuestro respeto, sino una profunda comprensión. Es posible que el integrismo islámico de hoy sea en una gran medida una reacción defensiva frente a la invasión mercantil y tecnológica de Occidente.

Este diálogo ha de fundarse en un ethos o carácter moral de la autonomía del otro; la fe fraterna que exige el respeto al otro, sea quien fuere, no es por eso «otro yo», sino «otro que yo», otro distinto completamente de mí: un tú único e insustituible. El ethos exige algo más que el respeto a la libertad: exige un respeto a la grandeza de su propia condición. El otro será siempre un fin y nunca un medio, según la moral kantiana. El hombre no podrá ser nunca mero objeto de intereses: instrumentalización, cosificación estética (el culto a la imagen) o política, o explotación económica. Es el respecto a la racionalidad del otro, como mi semejante, pero que es en buena medida también mi des-semejante, el extraño a mi cultura, a mi lengua, a mi raza, a mi clase. Este diálogo ha de empezar por la base, por tener conciencia de los valores propios de la paz, en la base de cada cultura (árabes, negros, indios, latinoamericanos, europeos, etc.)

El pacifismo: un síndrome de valores

LA paz es una exigencia ética; pero cuando esta exigencia se hace colectiva y tiende a influir en la sociedad por medios pacíficos, entonces se convierte en *pacifismo*. Y nos preguntamos: ¿por qué el pacifismo? Es la gran pregunta que cuenta con una respuesta necesariamente ética: las actitudes pacíficas siempre tendrán que coordinarse dialécticamente con dos valores éticos de primera importancia: la justicia y la libertad. La paz es la armonía de las relaciones entre pueblos fundada en la libertad y en la justicia. La paz es la superación de un estado de naturaleza primitivo y de puro egoísmo de las relaciones

internacionales, y por otra parte la instauración progresiva de colaboración y entendimiento.

El pacifismo ha de recuperar el diálogo de la razón, es decir, llegar a ponerse de acuerdo en aquellos temas en los que la racionalidad y no los intereses, ni los beneficios, pueden llegar al entendimiento y al consenso, sin anular al otro. Porque un diálogo solamente es posible cuando existe un reconocimiento efectivo de la diferencia de maneras de ver el mundo, las distintas valoraciones éticas, como aportaciones sustantivas a una razón que se está haciendo común.

La vida no es el valor supremo, con ser un valor superior. El pacifismo suele poner a la vida como el punto último de referencia de los valores. ¿Qué más puede respetarse si se respeta la vida? Esto exige un poco de análisis. Cabe respetar la vida del otro y no respetar al otro, sometiéndole a vejaciones y humillaciones que pueden ser más espantosas que la muerte misma. Naturalmente si no hay vida, no hay posibilidad alguna de respeto: estos valores vitales están en la base en cuanto posibilitan y a la vez se orientan a la realización de valores superiores. ¿Cómo se puede ser pacífico ante las injusticias y la falta de libertad?

Si la vida fuera el valor supremo no se podría pensar en una guerra que defendiera los valores mínimos de todo un pueblo, nunca sería justa ninguna guerra, pues todas, de algún modo, atentan contra la vida. La prohibición de la guerra sería absoluta y total. Sólo un pacifismo ingenuo, o químicamente puro, o radicalmente evangélico, podría suscribir este planteamiento. El hombre no debe nunca matar para imponer a otro sus ideas por muy nobles y elevadas que sean, pero sí puede verse forzado a matar para defender sus ideales, su forma de vida, su conciencia, su libertad, frente al agresor. No, la vida no es éticamente el valor supremo; sobre ella están la libertad y la justicia. De modo que un pacifismo que sitúa todo su interés en la defensa de la vida no ha alcanzado, a mi juicio, su plena estatura moral.

El respeto a la vida es un mínimo ético, es un valor que no está por encima, que está por debajo de todo, es el substrato imprescindible. Si fuera el valor número uno, lo primero que habría que hacer es prohibir que el hombre se jugara la vida por nada, es decir, no se podría hacer la guerra por ningún concepto; y hemos visto que hay guerras y guerras; y hay unas que se tiene el derecho y el deber de hacerlas. No puedo imponer mis ideas matando, pero sí me puedo sentir forzado a defender mis ansias y derecho de libertad, matando, si no me dejan otra alternativa.

Hay una orientación bíblica clara en el «no matarás», pero esto no es suficiente, aun desde el punto de vista cristiano; porque por encima del no matar está ese otro mandato superior del «amarás a tu prójimo como a ti mismo». El amor al otro, sea quien sea, aun el más lejano, el de generaciones posteriores, exige un amor que va más allá de la vida, es el amor a la comunidad, a la naturaleza, a la forma de vivir las gentes, a sus valores, su cultura.

Por tanto, el respeto a la vida no puede convertirse en toda la razón de ser del pacifismo. Tampoco basta con el respeto a la libertad. Por supuesto que éste es también un mínimo moral insuficiente, tampoco estaría a la altura ética del pacifismo. La actitud pacífica significa todo un síndrome de valores interdependientes que son la vida, la libertad y la justicia, la solidaridad y la democracia.

La ética del pacifismo sobre la defensa de la vida y de la libertad se encarnan en personas y pueblos concretos cuya presencia es provocativa e inquietante. ¿De qué valdría en última instancia respetar la dignidad del hombre como criterio racional, si no estoy dispuesto a dejarme afectar, ni conmover por sus demandas y necesidades? No hace falta que esta presencia sea física, porque el amor al prójimo, aunque esté lejano también está presente aunque no oiga su voz; o es el tú anónimo de las futuras generaciones, el tú de las culturas desconocidas o marginadas, el tú de los pueblos que van a nacer. Todos estos son prójimos cuya existencia provoca e inquieta exigiéndome un compromiso: el compromiso mínimo de la solidaridad.

Pacifismo y democracia

LA ética del pacifismo es una cultura democrática. Quiero decir, en el mejor sentido de la palabra, que es una cultura del diálogo, de la diferencia, del pluralismo, de la tolerancia, de la participación activa y solidaria de una suerte común. Hoy, el mundo se nos ha hecho demasiado pequeño. La interdependencia económica y política es tan grande que por vez primera en la historia nos comprometemos en una suerte común. Ya no tiene lugar el cavar más hondo la trinchera del resentimiento, ni hacer más extensa la geografía del hambre; ya no cabe seguir jugando a la Babel de las culturas sin mediación, sin

comunicación, porque acabaremos por no oír siquiera el timbre de nuestra propia voz.

La paz mundial no puede hoy asegurarse a base de militarismo, ni la economía mundial sobre el empobrecimiento y el hambre de extensas zonas del planeta. Como vecinos muy próximos —y todo en este planeta es ya demasiado próximo y vecino— tenemos que entendernos. Estamos condenados a entendernos. Esta es una evidencia innegable. El egoísmo racional tendrá que echar también sus cuentas y ver que le interesa el negocio, porque de lo contrario todos saldremos perdiendo. El pacifismo tendrá que habituarse a poner al servicio de su causa todos los intereses, los beneficios, las culturas, las conveniencias de cada sector, y sentarles a la mesa universal de la paz, para instaurar la concordia entre todos.

Todos dependemos de todos y todos tenemos que dialogar con todos: es lo que llamaba Aranguren «la democracia como moral»: una actitud y un compromiso para mantener viva, operativa, la exigencia moral de una libertad solidaria.

Pero aun esto es insuficiente, si no se tiene en cuenta la dimensión de la justicia. Ella sola también es insuficiente a la causa del pacifismo. Darle a cada uno lo suyo es una tarea difícil; porque para que cada uno tuviera lo que es suyo, habría que quitar a mucha gente lo que no es suyo, porque se lo ha quitado al «otro». No hay más cera que la que arde, y hay que darle a cada uno su parte, lo que le pertenece en estricto derecho. En la medida en que yo gozo de privilegios, en esa medida le he quitado al otro lo que le corresponde por derecho. ¿Es esto una utopía? No quiero decir una quimera, sino una utopía en el sentido de que hoy no es, pero puede ser y debe ser un mañana, tal vez bastante lejano. Al menos podemos tener como horizonte ético estos valores fundamentales de la paz mundial.

Este es el fondo del abismo que cada día se ahonda más entre el Norte y el Sur. ¿Cómo cicatrizar esa herida enorme que se ha abierto entre pueblos ricos y pueblos pobres, si no es financiando su desarrollo, devolviendo lo que les hemos quitado, borrando totalmente la deuda externa, asistílos científica y técnicamente para que ellos mismos despeguen a su estilo? Es imposible hacer todo esto si no es con la generosidad de aquellos a quienes les sobra. Habría que purificar la naturaleza de los bienes que tiene el Norte, porque está manchada de rapiña, de consumismo y de sangre. ¿Cómo puede ser pacifista un individualismo posesivo y abusivo, propio de esta mentalidad de Occidente que cree que el mundo le está encomendado en exclusivo usufructo de su voracidad?

Al ir tejiendo este enjambre de ideas, veo que ya estoy haciendo algo de belicismo: me veo como agresivo defendiendo unos derechos de los marginados. Y creo que esto es parte de un pacifismo *activo* en virtud del cual trato de poner en la misma balanza la vida, la justicia y la libertad, que pueden dar como fruto la Paz. No es posible ser pacifista químicamente puro: el hombre es libertad, entendiendo la libertad como un sistema de valores; y cuando me imponen unas ideas que lesionan mi libertad, mi forma de vida, la mía personal y la del pueblo, el juicio ético que hay que hacer debe ser muy fino, muy concreto; en cada caso habrá que analizar cuándo una invasión me impone unas condiciones de vida que son inaceptables para un ser racional.